



EVALUAMOS EN 3, 2, 1...

Evaluar: Atribuir o determinar el valor de algo o de alguien, teniendo en cuenta diversos elementos.

Toca evaluar. Se acaba el trimestre. A mí me gusta hacer balance del año cuando se empiezan a bruñir las campanas que marcarán el final de un ciclo, de un tiempo. Rememoro y me centro en lo que aprendí, observo si las heridas del año han cauterizado y acaricio mis cicatrices, porque, al fin y al cabo, son mi historia.

La evaluación puede entenderse así también. Valorar, que lleva inscrita la palabra “valor”, con toda su grandeza. Ver con los ojos abiertos qué ha sucedido en este tiempo, en qué casilla del tablero se encuentra cada quién. Y, sobre todo, qué puedo hacer como maestra, como maestro, para acompañar a cada criatura en el camino compartido que nos queda por recorrer en la escuela.

Uno de mis referentes en la evaluación es, sin duda, Elena Martín (os animo a leerla). Ella habla de cómo la evaluación acreditativa, esa que se reduce a calificar, que no evaluar, tiene las fauces muy grandes y se come a la evaluación pedagógica. El peligro de esto es que fomenta la competitividad. Y de esa ya tenemos bastante en el mundo...

Lo cuantitativo nunca podrá dar los matices de lo cualitativo. No en la escuela. No en el ámbito social. Cómo se mide el momento en que un alumno entendió, por fin, eso que se le atragantaba. Qué nota se pone a la sorpresa. Cómo medir la emoción de aprender. En qué ítem se califica la capacidad de ayudar a quien lo necesita. Qué estándar recoge la evolución de un camino costoso, aunque no llamativo, si nos atenemos al currículo de Primaria. En qué porcentaje se recoge la resiliencia.

Evaluar es un acto de suma importancia. Y, por tanto, ha de hacerse con infinito cuidado. Con cabeza. Y, por supuesto, con corazón. Porque si no, nos quedamos con la fracción irreducible del proceso, o, mejor dicho, solo con los resultados, que es peor...

Mar Celadas